

## ANTONIO JESÚS SÁNCHEZ



Abogado de empresa multinacional del sector energético. Sus aficiones son la investigación académica en ciencias sociales, la pintura y la música (guitarra eléctrica). Doctor en Derecho (Universidad Carlos III de Madrid) y en Ciencias Políticas y Sociología (UNED), actualmente está realizando su tesis doctoral en Filosofía (área Antropología cultural) con un estudio sobre la iconografía del *bodybuilding* en la comunicación de masas del siglo XX.



## NOCHE DE SEPTIEMBRE EN CARACAS

—Hermanos todos, rezad conmigo:

Hubo un tiempo en que no éramos quienes ahora somos.

Hubo un tiempo en que vivíamos el juego con gigantes.

Miembros de una estirpe obcecada y recia.

Que horadaban y alimentaban la Tierra con su sangre y  
con la sangre de otros.

Hoy no nos reconocemos.

Hoy solo somos nadie floreciendo en la nada.

Piedras que flotan vagabundas en las aguas del vacío.

Venga por ello sobre nosotros la culpa.

Pero no por las muertes pasadas.

Sino por lo absurdo de nuestra vida explícita y grave.

Tap, tap, tap, tap, tap.

El terco ruido de la vieja máquina de aire acondicionado  
nos impedía dormir en la sala del aeropuerto de Ciudad

Bolívar mientras esperábamos salir hacia Caracas, donde iría a ver a mi amigo Edgar.

Cansado, empecé a recordar la selva, las minas, los garimpeiros muertos, aquella gente sin nombre en un río sin nombre, perros perdidos en un río perdido y al acecho... También aparecían en mi mente Checuto, los indígenas, las serpientes negras que nos atormentaban desde la caída del sol...

Imágenes inconexas en verde y rojo. El verde de la selva marcial, del mundo indómito del Orinoco. El rojo de la Muerte. Siempre había pensado que la Muerte se nos aparecía vestida de negro, y en silencio. Pero no. Primero es de color verde, y luego se transforma en rojo, por la sangre. Y siempre con un gran estruendo, nunca en silencio. Ahora lo sé.

La temperatura dentro de la sala era cada vez más fría por la máquina de aire acondicionado con su latoso tap, tap, tap, tap, tap. Afuera, enormes nubes grises pintaban el cielo. Cúmulos que se alzaban prologando la tormenta, enormes castillos que protegían las montañas guayanesas. La ciudad seguía atrapada por la sartén ardiente del Orinoco, el tierno monstruo.

Estábamos solos una pareja de mediana edad, que hablaban bajito entre ellos, y yo. De vez en cuando un joven militar entraba en la sala sin hacer preguntas, mirando a todas partes. Se había quedado solo en el puesto de control y no sabía qué hacer para pasar el tiempo pues la cantina estaba vacía.

Una débil luz nos alumbraba en la salita, enfrentándose al gris oscuro tormentoso del atardecer.

Subimos al avión, un pequeño aeroplano de unos veinte pasajeros en el que íbamos ocho: nosotros tres y un grupo de jóvenes que aparecieron en el último momento. El avance de la tormenta, con las nubes, con la súbita bajada de presión, nos había dejado mudos. La tarde plomiza nos infundía melancolía.

El tiempo que tardó el pequeño avión en llegar a Maiquetía —el aeropuerto de Caracas—, se hizo eterno, o fue un

instante. Perdí en aquel vuelo cualquier noción temporal, como ya entonces había perdido cualquier noción de culpa. El tiempo y la culpa son las dos caras del mismo salmo trágico y universal.

Ya en Caracas, estuve en casa de Edgar una triste noche. Era un caluroso septiembre caraqueño.

El sol se ocultaba, y sus últimos rayos, de un color marrón oscuro, desaparecían en las tinieblas, engullidos por las montañas que rodean la ciudad. Los cerros entonces se iluminaron con miles de pequeñas luces procedentes de los ranchitos, como un gran belén navideño. Este belén trágico y surrealista compuesto por millones de personas que habitaban allí arriba, en los cerros, intentando guarecerse de la oscuridad y siempre alerta. Porque cada vez que la oscuridad triunfa sobre la luz, la Noche sume a los caraqueños en las tinieblas del desastre.

¿Y quién es la Noche? La Noche es madre y amancebada del Caos y también madre de la Muerte; es el mal absoluto, un mal incestuoso, crudo, brutal, desesperanzado y esclavizador, que deja decenas de muertos cada vez que se abalanza sobre los cerros de Caracas, cuando el sol ha desaparecido huyendo tras las montañas y la ley de los sin ley es la que rige en la ciudad.

¿Y quién es el Caos? El Caos es el lugar del miedo, donde tu vida vale nada, donde te pegan un tiro en la cabeza para robar tu reloj falsificado. Eso es el Caos. A la Muerte ya la conocía bien tras mi estancia en la selva...

Aquella era noche profunda, llena y desordenada, pero también resuelta y feroz, en la que el calor seguía atizando nuestra piel, recuerdo del sol que había estado a nuestro lado y no quisiera marcharse, como la sangre coagulada que taponaba nuestra conciencia.

Había bullicio en las calles, con trajín de vehículos. En Caracas siempre había tráfico, a todas horas. La gente no paseaba, siempre iba en coche. No era aconsejable salir a

pasear en la ciudad, y menos durante la noche, y menos aún lo era en aquella noche de finales de septiembre, en la que todo apuntaba a la tragedia.

Las calles de una ciudad sin gente son como venas de lagarto, que se oscurecen por la ausencia de sangre limpia. En tal caso, las luces apagan su brillo y las sombras se adueñan del paisaje urbano, como un manto que borra todo rastro de luz.

La diosa Noche reinaba en aquella Caracas, y un abrupto Caos se apoderaba sin esfuerzo de la ciudad. Con el Caos venía un majestuoso séquito de sombras.

Caracas era una ciudad de cinco millones de sombras.

Edgar me había estado guiando en la distancia en mi viaje. «Tienes que hacer esto y lo otro...», «tienes que hablar con éste o aquél...».

Iba a dar parte de todo lo que había ocurrido en Caura, en Ciudad Bolívar, en la selva y en Boa Vista. Desconcertado por las muertes de los mineros sin nombre en el río perdido, necesitaba hablar con Edgar a modo de exorcismo; como si él, y solo él, lograra evitar la profecía, limpiando la sangre seca y pegajosa de mi conciencia que se había convertido en una culpa apócrifa pero tozuda: ¿pudimos hacer algo para evitarlo? Debía ser así pues pensaba que contando aquello que nos causa temor, sale de nosotros para no volver, para convertirse en algo que se expone en una vitrina, bien cerrada, en la que poder contemplar lo ocurrido. Siendo inmerecida mi desdicha, la compasión de mi amigo podría ser una ablución sanadora.

Vivía en una urbanización exclusiva en uno de las zonas céntricas de Caracas, donde para entrar había que pasar por un puesto de aduana con vigilantes armados. Vigilantes con pistolas y pistolas con vigilantes. Esta forma de entender la seguridad era tan real como la oscuridad en la noche caraqueña. Una crueldad sorda había convertido la vida cotidiana de muchos caraqueños en una sucesión de medidas

de seguridad que rozan la paranoia pero que son necesarias. Los secuestros se producían casi a diario. Las bandas de malandros no tenían reparo en llegar hasta el final y matar al secuestrado, si no se atendían sus requerimientos en el poco tiempo que daban a los familiares o amigos de las víctimas.

La violencia era palpable y corporal, el rastro infecto que dejaban tras de sí la Noche y su hijo el Caos. Los que viven en una urbanización exclusiva como ésta son presas fáciles para criminales al abrigo del Caos.

Tras pasar la aduana y entregar mi documentación al vigilante aún me quedaba dar explicaciones a otro más, el del edificio dentro ya de la urbanización. Éste me ayudaría a entrar en el inmueble y subir por el ascensor con una llave especial. También estaba armado, pues portaba una pistola automática que bien se preocupó de dejarme entrever, a modo de aviso por si yo intentara algo inadecuado, pero también manifestando su temor.

Ya en el apartamento, mi amigo me recibió con lo que me parecía que era alegría por verme después de tanto tiempo. «Vamos a echarnos unos palos», me dijo antes de que yo siquiera abriera la boca mientras me agarraba del brazo y me introducía en el apartamento señalando un vaso con *whisky* malo importado y un vaso con soda amarga que olía a desinfectante de hospital.

Edgar era alto como una torre. Esquelético como una cigüeña, figura propia de un quijote melancólico y huidizo. Su tez era amarillenta y a veces blanca, como el azufre rebajado con cal. Canoso y rubio, tenía los ojos muy claros y acuosos, como los de los peces de río, realzados por sus amplias cejas blancas, que le delataban en una sociedad criolla, mestiza e indígena, donde los rubios (catires) son escasos. Su gesto era adusto y retorcido, como el de los prestamistas, y su mirada suspicaz, condescendiente y huidiza, como la de los sastres de tallas grandes.

Vivía con una colombiana, al parecer su esposa («es mi caliche», decía). Era más joven que él, con grandes ojos azabache y pelo muy negro y rizado, con una sonrisa siempre presente. La bella dulzura de la mujer hacía de trasluz al carácter rudo y distante de Edgar.

El apartamento era grande y confortable, con pocos muebles y con un gran balcón con vistas a los cerros que rodeaban la ciudad, donde a esas horas las luces de los ranchitos eran lo único visible a lo lejos.

Mientras Edgar me hablaba, me invadían imágenes de aquello que sabía de él. Hacía tiempo que no le veía y tenía la sensación de que estaba ante una persona diferente. Posiblemente yo también era otra persona. Cambiamos con el tiempo y con las experiencias, más por las experiencias que por el tiempo, especialmente las negativas, las que nos dejan más magullada el alma que, a su vez, más se ven en nuestro rostro y en nuestros actos.

—Te voy a hablar por la calle del medio. Ahora el oro está resurgiendo de nuevo, *bro*, por lo que hay mucha vaina entre colombiches y brasileros.

—En Ciudad Bolívar al menos. Y en Boa Vista.

—Sí. Pero hay que tener cuidado y no andar como pendejo.

—Lo vi abajo, en el río, los garimpeiros muertos...

—Vivimos en la desgracia todos los días. Además, ¿qué más da esa vaina, en la selva o aquí?

—Esto no puede compensar.

—Te entiendo... Es la violencia, *bro*, es la violencia.

—Pero ¿hacia dónde te llevará todo esto? ¿Al mismo lugar que los muertos? ¿A un cementerio de perros?

—No lo entenderías nunca. Aquí las normas son diferentes, y si no las conoces...

—Puede.

—Por cierto, ya sé que estuviste con Wilmer en Boa Vista, pendejo. Maldito gordo sudoroso y loco ese Wilmer...



Trapajo maracucho, pero es útil con el hierro y las balas... Lo tenemos castigado, por manolarga. En vez de cortarle la garganta le enviamos para controlar la frontera. Inhala tanto perico que se alimenta de él, por eso está tan gordo el cabeza de güevo... ¿La cocaína tiene calorías?

—Ni idea. Pero yo no soy Wilmer.

—No. Claro.

—Tú ni tomas.

—Simplemente no soy Wilmer. Y ese *whisky* solo vale para mezclarlo con papa y fabricar pegamento.

Estuvimos hablando hasta madrugada, cuando el sol pugnaba por abrazar de nuevo a la ciudad con sus brazos azulados.

Explicó su particular y desatinado tránsito, y lo explicaba pausadamente, sin sentir apenas nada mientras lo contaba, o eso me parecía... Yo tenía claro que el Caos y su cortejo de sombras habían hecho una parada de contrición en la casa de Edgar. Aquella comitiva maléfica, grotesca e indolente que seguía en procesión al Caos tenía a Edgar entre sus ilustres componentes. Edgar era un envilecido por el Caos, por el hermano de la Muerte, por el hijo de la Noche, una sombra más de aquel séquito estrafalario, un ser errático y sin alma, asomándose a un acantilado sobre un mar de fuego...

No se dedicaba sólo al contrabando. Ése era un negocio menor dentro de un amplio abanico de actividades. Ahora trabajaba arreglando «diferencias de opiniones», de farmacéutico que receta «pastillas» que te quitan la cabeza sin que te dé tiempo a sentir el dolor.

Edgar no vivió mucho más tras aquella noche en Caracas. A los pocos meses, antes de que llegara un nuevo septiembre, fue detenido y condenado, con doble sentencia: la de prisión por el juez y la de muerte por una banda rival. Seguramente delatado por un competidor de su mundo de negocios ilícitos. ¿Wilmer? Quizá. En todo caso, la profecía

se cumplió por los siervos del Caos y la Muerte. O por una hiena obesa.

    Mi amigo Checuto me llamó por teléfono y solo dijo:

    —Edgar...

    Entendí lo demás. Pensé entonces en los dulces ojos de la caliche, indefensos ante Wilmer.

—Hermanos, terminemos la plegaria:

    Amarás al hierro por encima de todas las cosas.

    No dirás falso testimonio contra el hierro.

    No hurtarás el hierro.

    No tendrás dioses ajenos salvo el hierro.

    No tomarás el nombre del hierro en vano...